

MISA DE CLAUSURA DE LA
ASAMBLEA DIOCESANA DE LA REFLEXIÓN ECLESIAL CUBANA DE LA
ARQUIDIÓCESIS DE LA HABANA

Catedral de La Habana, 23 de junio de 1985

Queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que han participado en nuestra Asamblea Diocesana de la REC, queridos hermanos y hermanas:

Esta celebración de la Vigilia de la Natividad de San Juan Bautista sirve de marco a la clausura de un evento eclesial que nos prepara para la magna Reunión de la Iglesia en Cuba que será el Encuentro Nacional Eclesial, mientras que deja ya, con sus deliberaciones, con el trabajo inspirado, entusiasta y creador que ha precedido esta Jornada y con el Espíritu profundamente eclesial que ha reinado durante la preparación y el desarrollo de la Asamblea, una huella imborrable en la vida de nuestra amada Arquidiócesis que contempla ahora con renovado entusiasmo el futuro inmediato que se abre a su misión evangelizadora y a todo su trabajo pastoral.

Cuando la Iglesia se congrega alrededor de su Obispo y se afianza en su razón de ser que no es otra que, en absoluta fidelidad a su Señor, anunciar proféticamente a los hombres y mujeres de nuestro tiempo el mensaje del amor, de la verdad y de la vida, nos sobrecoge siempre lo tremendo de nuestra misión, la magnitud de esta empresa en comparación con nuestra debilidad personal y comunitaria.

«Ay, Señor mío, ¡Mira que no sé hablar!», ese es el lamento de Jeremías en la lectura profética de hoy. Es la objeción que siempre ponemos a Dios, cuando nos pide nuestra colaboración para proclamar su Reino y entramos a calcular nuestras posibilidades a partir de las capacidades humanas con que contamos: soy un muchacho, no sé hablar –dijo Jeremías.

No tenemos suficientes agentes pastorales, nos faltan medios de comunicación apropiados, no existe la adecuada preparación ni la técnica pastoral, ni podemos hablar –diríamos nosotros.

No digas soy pequeño, «que donde yo te envíe irás, y lo que yo te mande dirás. No tengas miedo que yo estoy contigo, te doy mi palabra». Esa es la respuesta de Dios.

Y esta palabra tú la empeñas hoy con nosotros, Señor, Tú la diriges a tu pueblo que peregrina en La Habana y que concluye ahora su gran Asamblea Diocesana. Nosotros, con la mirada agradecida de la fe puesta en Ti, te alabamos con el salmista: A Ti, oh Dios, «porque Tú fuiste mi esperanza y hasta hoy relato tus maravillas». Porque «no hemos visto a Jesucristo y lo amamos, no lo vemos y creemos en Él y nos alegramos con un gozo inefable y transfigurado».

De ese Cristo ha tratado nuestra Asamblea. A Él lo seguiremos, Él es la meta de nuestra fe y ahora nos toca anunciar, con la fuerza del Espíritu, estas cosas que los ángeles ansían penetrar.

Y en esta fecha conmemorativa, inspirándonos en nuestro compromiso, se agiganta ante nuestros ojos la figura del Bautista; el heraldo decidido, firme, enraizado en la cultura y en el acervo religioso de su pueblo, fácilmente reconocible por su estilo de vida, por su palabra tajante, y hasta por su modo de vestir, como hombre de Dios, profeta, predicador. Juan encarna la fidelidad a lo mejor de las tradiciones religiosas de su nación, es el buscador de Dios, que fue a encontrar al Señor en el desierto, donde sus antepasados tuvieron la indecible experiencia de su acción salvadora de su cercanía. En su estilo y en

su quehacer el Bautista recorre los caminos seguros trazados por la sabiduría de los profetas que lo precedieron: austeridad, energía, vida contrastante. El mismo Jesús decía a sus contemporáneos que no era precisamente una caña movida por el viento lo que iban a encontrar en pleno desierto. Porque al desierto acuden sus coterráneos para ver a aquel hombre que viste con piel de camello y se alimenta de miel silvestre. Todos desean escuchar su verbo encendido. Pero Juan no era la luz. Él había venido para dar testimonio de la luz y tuvo que aceptar no solo el cuestionamiento de los hombres: ¿Eres Tú el Mesías? ¿Eres Tú el Profeta?; sino la sorprendente iniciativa de Dios que le sale al paso en forma desconcertante, por medio de aquel Jesús, su pariente, que no vive como profeta, que no viste como profeta, que no se retira al desierto a esperar que los hombres acudan a Él, sino que recorre calles y plazas y busca a sus discípulos en su medio de trabajo, al borde del lago, cuando repasaban sus redes de pescadores. Ese Jesús que habla con dulzura de los lirios del campo, de las aves del cielo, del Padre, de los niños; que cuenta el amor de Dios en parábolas, que aparece libre y liberador de cara a las más férreas tradiciones religiosas de su pueblo y a las costumbres sociales más arraigadas: se sentaba a la mesa y comía con los pecadores, hablaba en público con las pobres y despreciadas mujeres; pero que sabía también cambiar el tono habitualmente tierno con que se dirigía a los sencillos por la palabra enérgica y cortante que fustigaba al religioso hipócrita o ponía en guardia al rico y al poderoso del riesgo de perder sus vidas.

Jesús *sí era la luz*, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. Pero, como ninguna otra luz, esta es deslumbrante, cegadora.

Ante Jesucristo solo cabe la aceptación humilde que comienza por negar; no soy el Mesías; no soy el Profeta y que se prolonga en obsequio, en reverencia; es necesario que Él crezca, que yo disminuya, no soy digno de desatarle la correa de su sandalia.

Después Juan tuvo que ir aún más lejos; olvidarse de sí, de su grupo de iniciados, para señalar al Cordero de Dios, al que quita el pecado del mundo, y dejar que sus antiguos seguidores se pusieran en la escuela del nuevo Maestro.

Queridos hermanos y hermanas: En tiempos de crisis, cuando la validez de la religión como factor positivo inspirador de la vida es impugnada, cuando son pocos los que viven decididamente el riesgo de la fe, la pequeña comunidad de los creyentes experimenta su debilidad ante lo desproporcionado de su misión y, salvada en el mejor de los casos del desaliento, o aún para combatirlo, es casi normal que se cohesione alrededor del culto a su Señor, siguiendo los caminos trillados, que son siempre seguros. Así, replegados en nuestro desierto, que, más que lugar de encuentro con Dios, es sitio de apartamiento y de tranquilidad, vivimos nuestra fidelidad a la Iglesia y a Dios, en quien creemos. Allí esperamos que lleguen los hombres con su religiosidad espontánea, con sus búsquedas y sus ansias y tratamos de iniciarlos en nuestro camino, que sabemos verdadero y generador de felicidad.

Pero he ahí que Jesús nos sale al paso —y es eso lo propio de Jesús—. ¿No se hizo Él encontradizo de María de Magdala, del ciego del camino o del grupo de los diez leprosos? Y lo hallamos de nuevo, donde siempre: en las calles, en las plazas en medio de los hombres y mujeres de hoy, donde se construye el mundo.

Allí está extrañamente presente en el silencio que sobre él se cierne, lo descubrimos en el lecho de dolor del enfermo, en el sudor de los trabajadores, en el reclamo de auténtico amor de tantos corazones juveniles o en las ansias secretas de paz y verdad de muchos de nuestros hermanos.

Y se sobresalta, entonces, nuestro mundo interior, nuestro corazón de discípulo de Cristo siente que es incompleta nuestra fidelidad, que está lastrada de elitismo, de

superficial complacencia en algunos logros, que pudieran resultar aún nocivos si no desembocan en nuevas actitudes de compromiso con la vida, con los hombres y mujeres de nuestra hora. ¿De qué nos serviría nuestro aprecio por la unidad, el hondo sentido comunitario y la alegría de compartir la fe en un grupo de hermanos, si todo se queda ahí y no se hace palabra elocuente, anuncio exaltante, en resumen, misión de Iglesia?

¿Para qué recibimos entonces el Bautismo de Jesús, en Espíritu Santo y fuego, si seguimos replegados, estáticamente fieles, establemente seguros, pisando terreno conocido?

Como Juan, ante Jesús debemos quedar desestabilizados, perder nuestras falsas seguridades y lanzarnos a la búsqueda de una fidelidad realmente dinámica, que no se expresa solo en la guarda celosa de los dones recibidos, sino que se ejercita al modo del atleta, que solo se sabe fiel cuando todo su ser está en tensión hacia la meta que tiene por delante.

Para esto tenemos que andar en las huellas de Jesús, volver a ponernos de veras en su escuela.

Ese es el sentido de esta Asamblea Diocesana y de todo el proceso que hemos llamado Reflexión Eclesial Cubana.

Nos hemos querido situar bajo la luz que es Cristo para llegar a ser testigos de la Luz; como Juan el Bautista nos hemos dejado interpelar por los hombres sobre nuestra autenticidad, sobre nuestra fiabilidad. Y deseamos responder con humildad como Pastores, como pueblo de Dios; aquí está la Iglesia con los errores y pecados de sus miembros de ayer y de hoy, pero afortunadamente los que la integramos *no somos* el Mesías, *no somos* el Profeta. En medio de nuestras miserias y también de nuestras grandezas pasadas y presentes anunciamos a Alguien que es más que nosotros mismos y que sí puede salvar.

Nuestra misión es que Cristo sea libremente conocido, amado, seguido. No queremos parecernos a un círculo de iniciados, sino seguir los pasos del Cordero de Dios, y correr los riesgos que Él ofreció a quienes quieren ser sus discípulos.

Y así miramos con interés hacia nuestro mundo para descubrir que el desafío que este nos lanza no está dirigido únicamente hacia la fe religiosa o hacia la Iglesia Católica, sino al hombre mismo.

Cerrado sobre sí mismo, a veces sin ningún sentido trascendente de la vida y de los acontecimientos, albergando en su seno la carga explosiva que podría hacerlo estallar doce veces; con las dos terceras partes de la humanidad hambrienta y miserable soportando sobre sus hombros el peso del resto de los habitantes del planeta, mejor alimentados y, en menor número, escandalosamente ricos y satisfechos; el mundo de hoy contempla con admiración sus propios avances, sea en el vencimiento de las enfermedades, en el uso de la energía, en el control de los procesos biológicos o en la exploración del espacio extraterrestre.

Pero mira a un tiempo con temor el desequilibrio ecológico, la contaminación ambiental, la manipulación genética, la banalización de la vida humana, la pérdida rápida de valores esenciales de la existencia, la crueldad en las relaciones interpersonales. ¿Estará el futuro del hombre solo en la ciencia? Pero no todo lo que es científico es moralmente bueno.

El futuro del hombre está en su conciencia, en su capacidad de decir sí o no a lo que le proponen sus propios descubrimientos. No es Dios quien está amenazado en nuestro mundo, es el hombre. Y está amenazado por los mismos hombres.

Quien necesita ser salvado es el hombre. Y el salvador de los hombres es Jesucristo. Nosotros, cristianos, tenemos el deber de proclamar esto hoy, para ser fieles al mismo Cristo y porque el Evangelio es Palabra de futuro, no descifrada aún en su hermosa simplicidad.

Nosotros, Iglesia de Jesucristo, no podemos estar ausentes en esta hora de la historia del hombre, de la historia de Cuba. Sentados a una misma mesa, en diálogo franco, trabajando codo a codo por el bien de los demás, diciendo siempre NO a lo que nos parece que puede deshumanizar, respondiendo con prontitud cuando se trate de esfuerzo, sacrificio y amor, reclamamos nuestro puesto en este taller donde se fragua el mañana.

Como cubanos que vimos brillar la luz del sol en el cielo azul de nuestra Patria, nosotros, cristianos de Cuba, que sabemos de brisas suaves y de vientos de huracán, que compartimos los mismos azares con todo nuestro pueblo y que juntos albergamos anhelos de paz y bienestar para todos en nuestra querida tierra, nos hemos esforzado en demostrar que son algo más que buenos deseos nuestras palabras.

En efecto, por comenzar con lo más conocido:

Ahí están los hombres y mujeres consagrados que se entregan al cuidado de los necesitados en hospitales o en centros de atención de ancianos, pero ahí están sobre todo nuestros laicos católicos: profesionales, obreros, empleados, técnicos, amas de casa, los que han integrado el mayor número de nuestra Asamblea y constituyen también mayoritariamente la Iglesia. Su servicio asiduo y abnegado a la sociedad, su disponibilidad para el esfuerzo, su sentido de la disciplina, de la solidaridad y del deber, los identifican casi siempre en el centro de trabajo, en el barrio o en la escuela.

Y ahí están, también, ¿por qué no? los sacerdotes y las religiosas que son los animadores de todo el cuerpo eclesial, quienes con su palabra, su trabajo constante, a menudo no apreciado, apoyan espiritualmente a sus hermanos en un compromiso con el mundo, son fuente de inspiración para adolescentes, jóvenes y matrimonios cristianos y portadores de consuelo y esperanza para ancianos y enfermos.

Ellos haciendo esto, predicando sin cesar el amor y la reconciliación, también trabajan por el mejoramiento de la sociedad y procuran el bienestar de sus hermanos.

La Reflexión Eclesial Cubana se propuso desde sus inicios como meta y como lema: que la Iglesia Católica debía ser en Cuba signo de comunión en medio del pueblo del cual forma parte. Esto quiere decir que los católicos deseamos vivamente poner todo el dinamismo del amor cristiano al servicio de la sociedad como elemento reconciliador que propicie la unidad y el diálogo.

Nuestra Asamblea ha reafirmado ese propósito de que la Iglesia en Cuba sea cada vez más una comunidad de fe y de amor solidaria con todos los hombres y no un círculo estrecho de iniciados.

Nosotros aspiramos ahora a que se transforme la mirada con que se nos observa, para que no se siga considerando la comunidad de los creyentes en Cristo como un coto cerrado y ajeno en medio de la colectividad.

Aspiramos a pasar de la tolerancia callada o de la mera aceptación a *la plena participación*, sin demagogias ni triunfalismos, pero también sin disimulos vergonzantes.

Como cubanos, como cristianos, esperamos que nuestros hermanos no creyentes, desde su humilde puesto de trabajo o desde los cargos más relevantes de la Nación, se hagan también solidarios con nosotros en este empeño nuestro de ser seguidores consecuente de Jesucristo que queremos participar activamente en la construcción de un mundo mejor sin dejar de ser lo que somos y sin necesidad de ocultarlo.

Todo esto lo digo en plena fidelidad al espíritu que animó esta Asamblea y antes de presentar al Padre en esta Eucaristía la ofrenda del Cordero sin mancha que derramó su sangre por todos los hombres en prueba de un amor sin fronteras.

No sé si será mi voz como la del Bautista que clamó en el desierto, pero sí estoy persuadido de que diciendo estas cosas, se preparan los caminos del Señor, que son siempre los de la Verdad, el Amor y la Paz.

Que el Señor los bendiga a todos.